Estar con Jesús:

Una vez, mientras buscaba grandes respuestas sobre la oración, mi director espiritual, me dijo que no me complicara la vida, pues la oración, no es otra cosa más que estar con Jesús y, desde ahí, escucharlo, amarlo, consolarlo y acompañarlo. Estar con Dios, exige entrar en su presencia, haciendo un alto en el camino, para ponernos en sus manos, dejando que sea Él el centro de nuestra vida; el centro de nuestras decisiones más importantes. La oración, lejos de ser algo tan complicado, es la vía de comunicación que une al cielo con la tierra, pues está claro que Dios nunca nos mandará un mail, ya que su forma de llegar a nosotros es completamente diferente.

Estar con Jesús, como amigos, es algo muy grande e inolvidable. Tan es así, que quien ya se ha dado la oportunidad de vivirlo por sí mismo, sigue buscándolo, porque su amor es claro, fuerte, apasionante y lleno de entusiasmo. El amor de Jesús, hecho Cruz, es lo que nos mueve a conocerlo más y mejor, siendo capaces de dar nuevos pasos, aplicando sus enseñanzas a nuestra vida. Nadie, por más especialista que sea en teología, puede decir que conoce a Jesús, si nunca se ha dado la oportunidad de experimentar su presencia en la oración; presencia que va más allá de lo que se pueda decir.

Jesús, en todo tiempo y lugar, sigue fascinando a muchos hombres y mujeres, porque no llega juzgando y regañando, sino a través de un encuentro profundo, grande y lleno de un amor único. Estar con Jesús, por lo tanto, es pasar momentos importantes con el Padre y el Espíritu Santo, acompañados de la presencia maternal de la Santísima Virgen María de quien decimos, haciendo eco de las palabras del P. Félix de Jesús Rougier: ¡Con ella todo, sin ella nada!